

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 57.—BARCELONA 2 DE JULIO DE 1915



Prisioneros rusos, preparándose a tomar el rancho

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania.—II. El servicio y el trabajo obligatorios en Inglaterra.—III. ¿Sobrevendrá el mediador?

I.—Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania

Aunque nadie creía que la catástrofe del «Lusitania» encendería la guerra entre los Estados Unidos y Alemania, el tema fué aprovechado por la prensa aliada para mantener el fuego sagrado de la esperanza en los pechos franceses e ingleses, hartos desilusionados por las derrotas de los rusos en Galizia.

Dejándonos de argucias y sutilidades diplomáticas y rehuyendo sacar las cosas de su quicio—que es la labor favorita de la prensa de los países beligerantes—, todo el problema a resolver entre los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania es el siguiente: La República norteamericana sostiene el derecho: 1.º a viajar libremente y sin riesgo en barcos de cualquier nacionalidad, los súbditos norteamericanos; 2.º a comerciar libremente con los Estados en guerra. La Gran Bretaña pretende interrumpir el comercio de todo el mundo, el Norte de América inclusive, con Alemania, y que continúe la importación en Inglaterra; coincide con los Estados Unidos en que los

súbditos de los países neutrales puedan viajar sin trabas, ni peligros; Alemania, a su vez, reconoce este último derecho, pero insiste en proseguir el bloqueo valiéndose de los submarinos, y por consiguiente se reserva la facultad de echar a pique los barcos mercantes enemigos; y pide que cese el envío de material de guerra desde los Estados Unidos a Francia e Inglaterra, comercio que representa hasta ahora para aquella nación la bonita suma de 2.000.000 de francos.

Desde luego se observa que hay más puntos de coincidencia entre las pretensiones inglesas y americanas, que entre éstas y las alemanas. A los Estados Unidos les conviene exportar toda clase de productos, incluso material de guerra, y necesita Inglaterra beneficiarse de esa exportación. A la vez, es para ella cuestión vitalísima que los yankees sigan viajando en barcos ingleses, y que los tales buques sean respetados por los alemanes; el viajero norteamericano no sería más que un escudo protector bajo el que se cobijaría el comercio británico y el contrabando de guerra.

Alemania arguye, con razón: ¿qué neutralidad es esa, que envía armas y proyectiles, por valor de muchos millones, a Rusia, Francia y Gran Bretaña? ¿por qué se ha de permitir por mis barcos ese comercio, y en compensación no han de consentir los buques ingleses el comercio americano con Alemania, no ya de material de guerra, pero simplemente de artículos de primera necesidad para la existencia y desarrollo de la población civil y de las industrias particulares? ¿me he de conformar—añade—con que perezca la población no militar, y he de abstenerme de hacer uso de las armas que poseo para aplicar la ley del Talión a mi adversario? Por otra parte ¿por qué no viajan los yankees en barcos neutrales, en lugar de tomar pasaje en los británicos?

A esto último, oponen los Estados Unidos los principios del derecho y de la libertad, que ya se sabe en qué consisten prácticamente. No pueden admitirse mermas en los derechos de los súbditos norteamericanos, aunque claro es que no hay inconveniente en echar a pique los barcos enemigos mercantes, como hicieron con los nuestros durante la guerra de Cuba. Además, el empleo de los submarinos pugna con las leyes internacionales. Verdad evidente, que parece mentira se esgrima en serio.

¿Existían los submarinos cuando se establecieron esos acuerdos, que nunca ha obedecido el más fuerte, llamados leyes internacionales? Si el submarino no ha de poder hacer uso de sus medios, ni aplicar el único castigo a su alcance, que es hundir el barco enemigo, ¿por qué Inglaterra y Estados Unidos y Francia, construyeron tantos submarinos antes de la guerra? Si las sanciones son ilícitas, ilícitas también deben ser las armas—submarinos—que las aplican. Y no se diga que los submarinos han de emplearse exclusivamente contra los barcos de guerra, porque no pocas unidades de las flotas francesa y británica están dedicadas exclusivamente a dar caza a las mercancías de—o para—Alemania a bordo de barcos neutrales y a capturar súbditos alemanes que viajan bajo pabellón neutral sin entrar en aguas beligerantes. Y de los fusiles y cañones se hace uso para efectuar la misma labor de confiscación en las fronteras terrestres. Admitir todo el mundo un arma, y pretender que un beligerante no saque de ella todo el rendimiento posible, sencillamente porque perjudica—las armas se han inventado para dañar y no para recrear—o porque su empleo no estaba incluido en convenios anteriores a su aparición, es un contrasentido.

No se trata más que de una cuestión de intereses. Inglaterra, Rusia y Francia son mejores clientes de los Estados Unidos que Alemania; de consiguiente, hay que apretar más a ésta que a los aliados. En el fondo, no hay otro secreto; queden a un lado los principios de la humanidad y los tópicos, tan abundantes, que los hay para defender las más diversas teorías.

¿Cederá Alemania? No es de esperar. Si los Estados Unidos cierran la puerta a la exportación de armas y municiones, la guerra está definitivamente decidida y será corta su duración. A ningún precio renunciarán al empleo de los submarinos, que en estos días muestran una actividad prodigiosa. Lo harían sólo con la condición, bien claramente expuesta al Gobierno de Washington, de que Inglaterra permi-

tiera el comercio americano-alemán, o sea que se atuviera a la reciprocidad, y es dudoso que se aven- ga a ella. De donde se concluye que, pese al mal papel que representa en la guerra, el cetro de la diplomacia y el árbitro de las relaciones internacionales, siguen residiendo en Londres. Antes, diplomacia y fuerza eran sinónimas; ahora lo son diplomacia y oro; pero la fuerza no se resigna y quiere derrocar al oro, con mayor motivo si tiene de su parte a la equidad y a la verdadera igualdad, no la invocada por quienes la niegan a los demás, trocándola en irritante privilegio.

II.—El servicio y el trabajo obligatorios en Inglaterra

Las predicaciones del clero anglicano y las andanzas de Lloyd George y sus auxiliares, abogando por el servicio obligatorio y por el trabajo obligatorio, han sido un fracaso más. El país no estaba preparado, y no se va a cambiar su modo de ser en un abrir y cerrar de ojos. Se le dijo meses y meses que todo iba bien, que su ejército ganaba espléndidas victorias, que el enemigo era despreciable y el triunfo indiscutible, y de pronto se le pregona todo lo contrario y se le presenta Alemania como el modelo en que hay que inspirarse. En otro país menos ilustrado y reflexivo, tal vez la maniobra diera los frutos apetecidos, pero en Inglaterra, no; porque el ciudadano examina friamente cuál es la situación actual—que se le pinta gravísima—y la compara con la anterior—que se la tildaba de envidiable—, y no encuentra diferencias entre ambas; más bien se ha tranquilizado, porque la experiencia le enseña que ni hay temor de que los alemanes pongan el pie en las islas, ni los zeppelines son instrumentos diabólicos. Con razón se llama a engaño, y piensa que los sacrificios que se le piden son a favor de Francia y Rusia. Una nación que hace tres siglos considera natural y lógico que los demás se sacrifiquen y expongan por Inglaterra, la cual les compensa económicamente, no puede avenirse a una idea radicalmente opuesta.

Por si algo faltaba, el Gobierno nacional sólo lo es de nombre. Los liberales avanzados y el partido laborista han constituido un poderoso núcleo de oposición, a cuyo lado se ha puesto la opinión de las masas. Sin contar con ellas ni con sus representantes en el Parlamento, Inglaterra, sin ser provocada, desenvainó el acero; ¿por qué asumir responsabilidades que no incumben al pueblo? ¿por qué ha de pesar la carga sobre el país mientras sus gobernantes continúan disfrutando del poder? ¿peligran acaso los intereses nacionales? no, ciertamente: tiene ahora la Gran Bretaña más colonias que el año pasado; no hay temor de que lleguen los alemanes a las costas; Constantinopla caerá de un momento a otro; es inminente la anexión de una parte de Mesopotamia.... El pueblo se ha echado atrás; no quiere el servicio, ni el trabajo obligatorios.

El Gobierno británico advierte que las miradas de Francia y Rusia se dirigen a Inglaterra; que la impaciencia de los invadidos da lugar a que fermente la irritación y el descontento; que no está lejos la hostilidad. Y teme que después de la paz sus actuales aliados se tornen los enemigos seculares de siem-

pre, y se vea Inglaterra más aislada aún que ahora el imperio alemán.

¡Triste sino el del gabinete de Londres! Manda y rije los destinos del mundo, con excepción de los de su propio país; impone su voluntad más allá de sus costas, pero no dentro de ellas. Es una cabeza a la que le falta el cuerpo y cuyos brazos se enmohece, el uno, y se debilita, el otro; es un organismo tan desequilibrado, que ha de temer, más que a sus enemigos exteriores, a la carcoma interior. La expiación comienza por «do más pecado había.»

III.—¿Sobrevendrá el mediador?

¡Cuánto ha bajado el tono épico de la prensa aliada, de un mes a esta parte! Ya no se habla a diario de la victoria; se ha olvidado el exterminio del enemigo; de ridículo, despreciable, bárbaro y ruín, se ha trocado en modelo que conviene estudiar, e imitar en algunas cosas; no inspira lástima y mofa, sino respeto y temor.

Con timidez todavía, pero cada vez con más insistencia, la prensa francesa hace ver a Inglaterra que no toma la debida participación en la obra común, y la Gran Bretaña se disculpa con razones múltiples, pero no apela a la prueba concluyente que sirve de demostración al movimiento. Rusia, lacerada por todos lados, dirige apremiantes excitaciones a sus aliados, y comienza a olvidarse de Rumanía. Desde Irlanda al Cáucaso, palpita la misma pregunta: ¿por qué continuamos la guerra? Si se sometiera a un plebiscito verdad, la guerra no duraría veinticuatro horas. El que ha de ser derrotado perdería lo menos; y el que ha de salir triunfante, conservaría energía para coronar de un modo más estable la victoria, en la paz, que guerreando todavía algunos meses. ¿Qué mejor ocasión que ésta para ejercer sin obstáculo los «derechos del hombre»? Pero estos derechos son un mito en las circunstancias críticas, que es cuando más necesario se hace su ejercicio.

Más que la marcha de las operaciones, atemoriza a los franceses la previsión alemana, que ha apartado de la lucha a los intelectuales e industriales de mañana, a quienes incumbirá el resurgimiento de la nación; que se ha preocupado desde el primer momento de que la mortalidad en campaña no se traduzca para lo porvenir en disminución de la natalidad, es decir, que el castigo recaiga sólo sobre la presente generación y no sobre las sucesivas. Llevando Francia a las filas a todos los hombres desde los 17 a los 50 años, ha comprometido su porvenir como nación, más en la paz que en la guerra. La *landsturm* de las provincias orientales del Imperio no ha sido llamada, y está entregada a reparar los destrozos causados por los rusos. Quiere Alemania continuar su vida normal y de expansión desde el día siguiente al del fin de la guerra, con lo cual su supremacía será completa si vence, y su derrota, si es vencida, no será más que temporal. Los demás beligerantes sufrirán un retraso de medio siglo, por lo menos. Han matado la gallina, sin meditar lo que sucederá después.

Aunque Inglaterra lleva la batuta, si Francia quisiera la paz se firmaría antes de dos semanas. Pero el patriotismo francés es tan abnegado, que di-

ferirá la actitud salvadora hasta el último momento. Un mediador respetado e imparcial podría intervenir decisivamente; por desgracia, el número de naciones que se encuentran en este caso disminuye de día en día: los Estados Unidos se van restando probabilidades de desempeñar un papel que les reportaría no pocos beneficios el día, no lejano, de su choque con el Japón.

F. LARÍN.

DE BERLIN AL CAMPAMENTO DE PRISIONEROS EN DOEBERITZ

(De nuestro corresponsal en Berlín)

A las dos y doce minutos de la tarde partió el tren de la *Lehrter Bahnhof*. A las tres pasábamos delante de Spandau, contemplando velozmente las chimeneas de los altos hornos de la gran fábrica de armas, que fragua incesantemente los instrumentos mortíferos que han de encontrar inmediata aplicación en los campos de batalla.

A las tres y quince el tren llega a Doeberitz. En el andén de la estación me aguarda un suboficial que debe conducirme al «puesto de revisión».

El trayecto al campamento presenta un hermoso aspecto. Sobre un amplio parque se levantan las barracas que albergan a los prisioneros y en los terrenos adyacentes se instruyen los reclutas prusianos del nuevo contingente. El cuadro militar es encantador.

Llegamos al «puesto de revisión» donde entrego la autorización escrita que me ha dado el *Auswaertiges Amt*. Mi pase es revisado sin demora, firmo en el libro de visitantes y prosigo mi marcha.

En la puerta del campamento está de centinela un *Landsturm* en uniforme federiciano con fusil modelo 88 y bayoneta armada. El sargento de guardia empuña con su mano izquierda su chafarote de cachá amarilla modelo 75 y alarga su diestra para recibirme el pase, que lo lee y relee varias veces. ¡Vaya un prusiano tan minucioso!

A pocos pasos de la puerta del campamento, ya en el interior, viene a recibirme uno de los capitanes de servicio. Es el capitán Kuntze, amabilísimo oficial que se esmera en brindar atenciones a los visitantes extranjeros.

Al costado derecho de la entrada del campamento, hay en línea una batería de cañones antiguos de retrocarga, con sus bocas dilatadas por el número de balas que dispararían en sus buenos tiempos del «tirafrictor» y el «estopin». Me imagino que esos «hierros viejos» no sirven sino a modo de «espanta pájaros», pues si la sirena diera el silbato de alarma no serían ellos los que aplacarían el incendio sino la *regadera del diablo* disparando sus 600 balas por minuto.

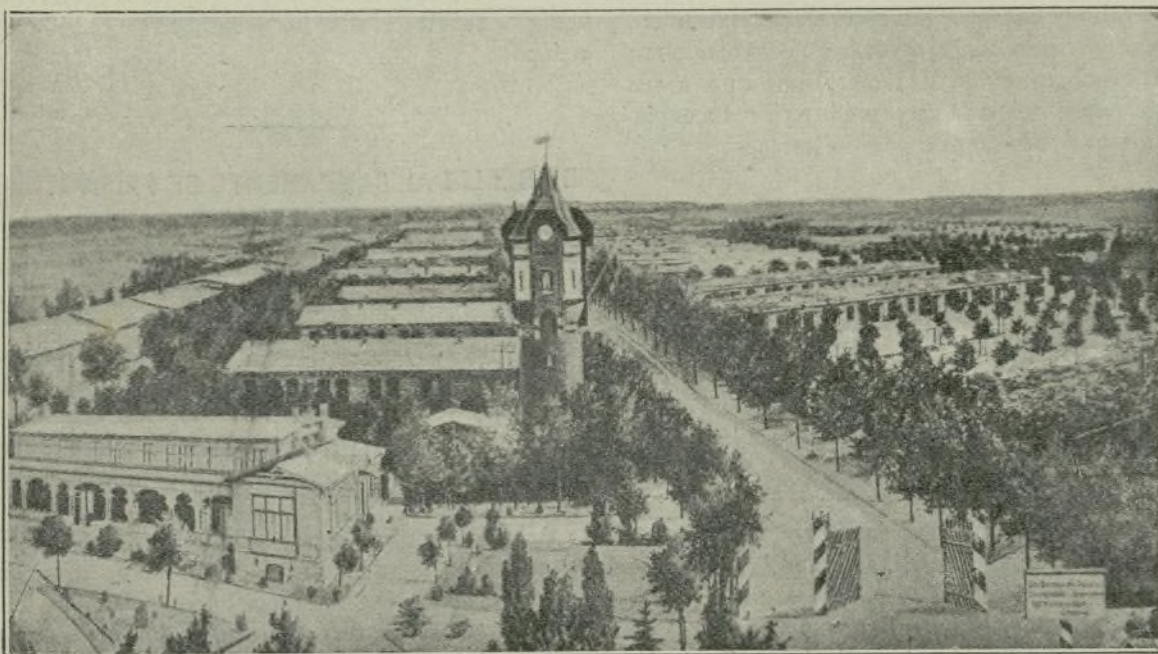
Fuera de las barracas pululan los prisioneros. Allí están ocupados en trazar y empedrar una calle. A nuestra derecha un *Piou-piou* melancólico juega solo a las bochas. Otro grupo está haciéndose retratar. A nuestros costados pasan y repasan prisioneros; todos saludan militarmente, aunque con movimientos algo forzados y algunos con cierta indiferencia.

Principia el programa de la visita, que, confeccionado probablemente desde la instalación del

campamento, sirve de «consigna» para todos los jefes de cuartel:

Entramos al taller de zapatería. Los obreros abandonan su labor y se ponen de pie a la voz de *Achtun!* del capataz, que es un ruso rechoncho de

Pasamos al taller de los pintores, cuyas paredes están adornadas con cuadros pintados al óleo o trazados al carbón. Me llama la atención la acuarela de soldado bávaro pintada por un artista francés. Un ruso dibuja al carbón el retrato de su rusa y su ru-

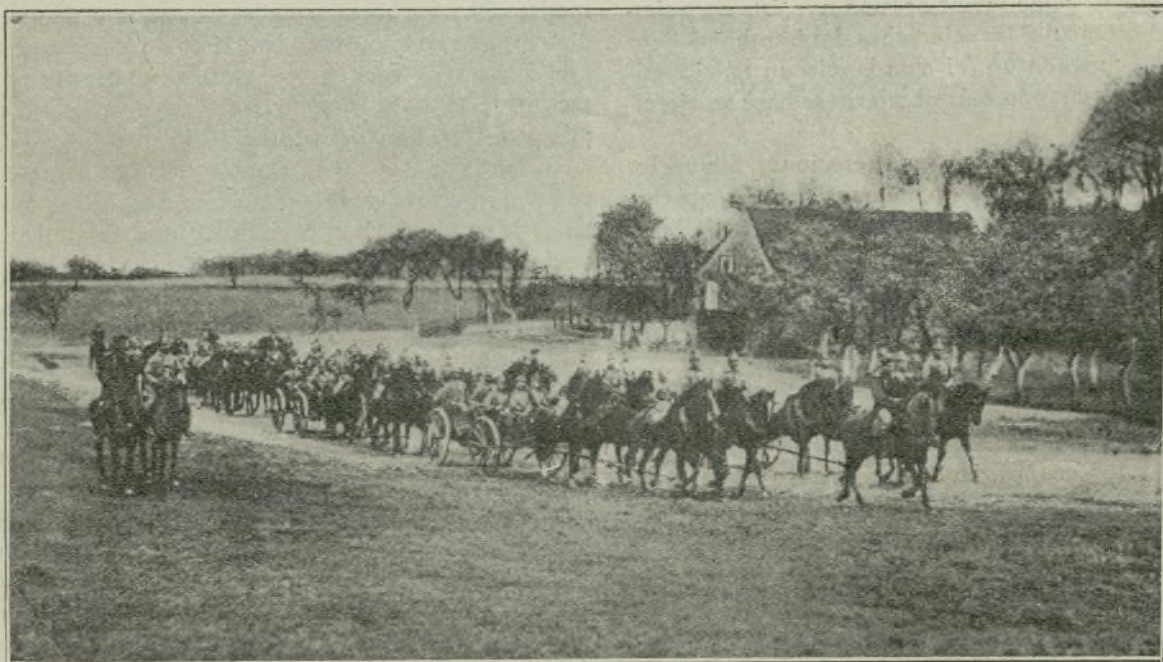


Vista general del campamento de Doeberitz

cara ovalada, cutis moreno, pómulos salientes y ojos azules. Terminado el saludo reanudan sus tareas de «zapateros remendones». Casi todos los obreros son rusos, sólo hay tres o cuatro ingleses. En el taller reina un orden alemán perfumado con el olor agrio que despiden las botas y suelas remojadas.

sito; mientras que un inglés acaba de dar la última mano a un barco que orgulloso hiende su quilla en las aguas mansas de un océano azul. Las acuarelas—me dice el capitán—las pagan a buen precio; la que menos cuesta diez marcos.

La peluquería está instalada en una pequeña ba-



Campamento de Doeberitz: sección de ametralladoras

En el taller de carpintería, prisioneros rusos e ingleses en estrecha camaradería se ocupan en hacer *Holzschuhe* (zapatos de madera) mientras otros acepillan una tabla, hacen banquetas o marcos donde han de colocarse los retratos de Hindenburg o von Kluck.

rraca a uno de los extremos del campamento. Muy bien provista de herramientas de barbería, aceitillos y agua de Colonia. El peluquero es un polaco ruso de Czentochowa.

El baño instalado en una amplia barraca rectangular puede dar cabida a 36 hombres a la vez. En-

contramos 24 prisioneros tomando su respectiva ducha. Adyacente a la barraca del baño está el calentador que temple el agua. No puede Ud. imaginarse—me decía el capitán—cuánto trabajo no ha costado acostumbrar a los rusos a que se bañen; son como

otra al medio día y la tercera por la noche. El pan, un poco inferior al común, está bien confeccionado y es de buen sabor. La ración de pan es de 300 gramos por día y por hombre, es decir 50 gramos más de lo que corresponde a cada habitante del Imperio.



Campamento de Doeberitz: (1, ruso; 2, francés; 3, inglés; 4, alemán)

los gatos, que huyen del agua; al fin hoy se bañan sólo una vez por semana.

El cuarto de provisiones está repleto de comestibles: carne fresca y salada, jamones, salchichas de toda especie, harina, arroz, patatas, etc., etc. La despensa corre a cargo de dos individuos, un francés y un inglés, que están contentísimos de su empleo.

La cantina, muy bien provista, está servida por un inglés, un francés y un ruso. Además de la cantina, donde los prisioneros pueden comprar golosinas y útiles de limpieza, etc., hay un regular almacén, en el cual los prisioneros pueden proveerse de piezas de vestuario. Cada prisionero tiene crédito en la cantina hasta 20 marcos.



Campamento de Doeberitz: ejercicios de tiro por la artillería

La cocina. En grandes cacerolas se cuece la comida. El maestro de rancho toma con su cucharón un poco del guiso y me brinda. Sin mucha ceremonia cómo un buen trozo de tocino que lo encuentro agradable. La ración diaria de carne, por hombre, es de 450 gramos. Hay tres comidas: una por la mañana,

Las barracas-dormitorios son bastante amplias y bien ventiladas, dando cabida a unos 200 hombres. El suelo está perfectamente entablado, defendido así contra la humedad. Como ropa de cama cada prisionero tiene dos frazadas y su respectivo colchón de paja.

Casi en el centro del campamento se levanta una hermosa carpa dentro de la cual está instalada la capilla para el culto divino.

El servicio postal está perfectamente organizado y cada prisionero recibe su correspondencia en manos propias, y tiene derecho a escribir cuatro postales y dos cartas cada mes, a excepción de las clases, que pueden sobrepasar este número. Para facilitar la correspondencia de los analfabetos hay organizado un pelotón de escribientes que sirven a sus camaradas mediante unos cuantos *feniges* de remuneración. Toda la correspondencia debe pasar por la censura; para tal objeto hay una oficina de intérpretes que traducen y leen todas las cartas y postales.

El teniente jefe del servicio postal me decía que se recibían 25.000 cartas mensuales y cerca de 100.000 paquetes. Que quienes tenían más correspondencia y recibían mayor cantidad de encomiendas eran los ingleses. El dinero que envían las familias de los prisioneros lo reciben éstos sin ninguna demora. Para facilitar el reparto hay una sección especial. El día de mi visita vi repartir 25.000 marcos en media hora.

Los prisioneros pueden recibir libros de lectura, pero no periódicos, a excepción de los editados en la Bélgica ocupada.

Los trabajos que los prisioneros hacen fuera del campamento son remunerados a razón de 30 y 50 *feniges* al día. La duración del trabajo es de ocho horas, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde.

A un extremo del campamento está instalada la enfermería. Cada barraca contiene de 50 a 60 catres de hierro, cada uno con sus colchones de paja y dos frazadas. El servicio sanitario está encomendado a tres médicos que se relevan semanalmente. Desde agosto hasta mediados de abril no ha habido sino 18 casos de muerte entre los 9.000 prisioneros que encierra el campamento. Si se tiene en cuenta que varios de los que allí murieron habían ingresado ya enfermos se verá el insignificante porcentaje, y esto habla elocuentemente del buen trato que reciben los prisioneros. A mediados de abril había en la enfermería 40 enfermos.

He tenido libertad para hablar con los prisioneros. Preguntando a un ruso que habla el alemán sobre el trato que recibía, me contestó: *von Herzen sage ich, das alle wir gut behandelt sind* (Le digo a Ud. de corazón que todos recibimos buen trato). Un *piou-piou* me dice que es perfectamente cierto que son bien tratados, que él sólo se queja de que su familia no le envíe *de l'argent*, para que pueda comprar golosinas como sus camaradas ingleses.

He abandonado el campamento de Doeberitz admirado de su maravillosa organización, del orden que domina y de la conformidad y contento de los prisioneros, quienes aquí se sienten aún más felices que sus camaradas de las trincheras. He de advertir que de los prisioneros son los rusos los más contentos y estoy por creer que cuando van al pie de la carpa blanca no ruegan por las victorias del gran duque ni por la salvación de la santa Rusia, sino porque la estancia se prolonge en su nuevo «paraíso terrenal» del campamento de Doeberitz.

J. C. GUERRERO.

Mayo de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

La madre del cordero

(El señor A).— El mundo entero se está alzando contra Alemania. ¿Qué prueba mejor puede haber de lo repulsiva que se había hecho la tiranía alemana?

—Eso no prueba nada más que una cosa: que la codicia colectiva es aún mayor que la codicia individual.

(El señor B).— Ha venido V. hoy metafísico, don Subrio; esa afirmación de V. es tan profunda y enigmática, que no la entiendo.

—La entenderá V. enseguida. Uno de los contendientes ha ofrecido abundante y espléndido botín a los participantes, y el otro no ha podido ofrecer nada. ¿Qué quiere V. que hagan todos, sino apresurarse a cobrar los premios que se les ofrecen?

(El señor A).— ¿Olvida V. los peligros a que se exponen?

—No hay negocio, por bueno que sea, sin riesgo. Pero en este caso hay la garantía de las buenas compañías, y además los girones de la túnica que se saca a subasta son tan pingües, que deslumbran y arrastran. ¿Va V. viendo la codicia?

(El señor B).— En el tomar no hay engaño, pero en el ofrecer a expensas de otro, tampoco. ¿Por qué no obraba de la misma manera Alemania?

—En primer lugar, porque allí la ética no es una palabra hueca y vana; a las injurias e inculpaciones de crímenes de la prensa aliada no ha respondido la alemana del mismo modo: ha conservado la dignidad; a las invocaciones al derecho, a la libertad, a la defensa de Bélgica, a la justicia y al respeto de todas las leyes, de sus enemigos, ha contestado Alemania con la frase sencilla de que luchaba por su existencia; en Francia e Inglaterra—no hablemos de Rusia—, se ha practicado la divertida caza del súbdito alemán pacífico y tranquilo, cuyas propiedades han sido consideradas como nuevos retablos de *maese Pedro*, y no ya en Alemania, sino hasta en ¡Turquía! se pasean libremente los ingleses, franceses y rusos. Alemania ha indemnizado ya a Luxemburgo, pero aún no he leído que Inglaterra trate de indemnizar a nadie por la ocupación de Lemnos y Tenedos; bastante hace, sin duda, con proteger a Egipto y redimir a las colonias alemanas del África occidental. Todo ello es cuestión de carácter: hay quien sabe representar una comedia y desempeñar todos los papeles, y otros son tan torpes que se cortan antes de salir a escena.

(El señor A).— ¡Pero no en los campos de batalla! ¡Vaya una timidez la de los alemanes! ¿Querrá V. pintarlos como mansos corderitos?

—Frente al enemigo armado, la conciencia les manda exponer la vida y luchar hasta morir, lo mismo que sus adversarios; cuando están lejos de los campos de batalla, el deber les dicta que se conduzcan como en los tiempos normales, y obrar de otro modo sería para ellos faltar al respeto que se deben a sí mismos.

(El señor B).— ¡Vaya un concepto elevado que ha formado V. de los alemanes!

—El mismo que tenía de los rusos en 1904, de los serbios en 1912, de los italianos en 1911, de los fran-

ceses siempre y de los ingleses... nunca. Crean Vs. que si no llevara Inglaterra la batuta y no promoviera tantas desafinaciones en el coro, nuestras conversaciones habrían ido por otros cauces.

—(El señor A).— ¡Mala consejera es la pasión, don Subrio!

—¡Y tan mala! ¡Como que está produciendo las locuras y delirios que leemos todos los días! Dime con quién andas, y te diré quién eres; dime cuántas libras esterlinas pierdes, y te diré las veces que pondrás en tus labios la defensa de la libertad y la redención del oprimido. Luego, para descansar de estas fatigas, una vueltecita por las carreras de caballos.

(El señor B).— ¡Al grano, don Subrio! ¿Por qué Alemania no ofrecía...?

—En segundo lugar, porque le repugnaba presentar cebos que no le pertenecían; y en tercer lugar, y sobre todo, porque no podía dar nada.

(El señor A).— ¿Y sus colonias y las ajenas?

—Estaban incomunicadas con Alemania y a merced de Inglaterra.

(El señor B).— Luego, la flota británica...

—Es el factor resolutivo de la guerra. Los barcos ingleses no han querido ir en busca de la flota enemiga, para destruirla; se están muy quietecitos en los puertos, y a lo sumo hacen algún pinito, más o menos trágico, en aguas turcas. Con todo, su labor no ha sido despreciable: han cortado las comunicaciones marítimas de Alemania, han dejado indefensas las colonias e islas germanas, abiertas las costas del Asia Menor, y han podido señalar al Universo una nueva tierra de promisión; dame tantos barcos y tantos miles de hombres, y permitiré que te apoderes de lo que no es mío ni tuyo. Para algo ha de servir la defensa de la neutralidad de Bélgica y la protección a los débiles.

(El señor A).— ¿Tan bastardos cree V. que son los móviles de...?

—Cuidado, señor A, que yo no he dicho bastardos, y me cuidaré muy mucho de aplicar esta palabra. Los móviles son puramente *humanos*; vea V., si no: Filipinas, Puerto Rico, Panamá, Tsing-tau, Liao-Tung, Corea, Manchuria, Argelia, Túnez, Orán, costa occidental de Marruecos, Transvaal, Madagascar, Tonkin, Indo-China, Egipto, Tripolitania, Libia, Thibet... ¡Qué espléndido ramillete de motivos *espirituales* y desinteresados!

(El señor B).— Alsacia y Lorena...

—Que habían sido alemanas.

(El señor B)... Cameroon, Bélgica...

—¡Alto! Yo no hago distinciones. Todos somos humanos y los motivos también. Aún no he visto una guerra que no haya terminado sin arrebatar territorios al vencido, o a otro que no fuera vencedor ni vencido, simplemente cándido espectador.

(El señor A).— En conclusión, don Subrio, opina V. que la escuadra británica...

—... Es la madre del cordero. No habrá servido para derrotar a la adversaria, pero sí para intimidar y hacer callar a los débiles, y para ir en busca de territorios que ofrecer a los vacilantes. Entre un palo a secas al lado de la severa Alemania, o un coscorrón con dulces y una francachela con Inglaterra, la elección no es dudosa.

(El señor B).— Lo cual es muy natural.

—Desde el punto de vista de la ganancia y del negocio, sí. Lo malo es que hay un pero.

(El señor B).— ¿Cuál?

—Que ha de haber forzosamente platos rotos y los pagan los sencillos, los débiles, los pacíficos, aquellos por quienes se desviven los desfacedores de entuertos.

(El señor A).— ¿Por qué no protestan y se resisten?

—Al contrario, han de dar las gracias a sus protectores, porque si éstos les despojan de sus bienes terrenales, es para purificar sus almas y ponerles bien con Dios.

(El señor B).— ¿Aunque no sean cristianos?

—O con Mahoma; el caso es sepultarlos con todos los honores, y quedarse con la conciencia limpia y las arcas bien repletas... que es lo que se quería demostrar, como se dice en matemáticas.

SUBRIO ESCÁPULA

UNA DE LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

Nada despierta y aviva tanto el ingenio humano como la necesidad. No es raro que de las crisis más agudas y de las circunstancias más angustiosas, salgan los individuos con mayores bríos que antes. ¡Cuántas y cuántas veces, aun en nuestros días, la penuria y la estrechez han sido las palancas que han abierto las puertas al genio y al talento, que en una situación desahogada no se hubieran dado a conocer! Lo que sucede con las personas se repite también con los pueblos; bien reciente está nuestro resurgimiento nacional y económico después de la catástrofe de 1898, que pareció abrir un abismo insondable en que se precipitaría España.

La organización alemana, vista desde fuera en su aspecto militar durante nueve meses, pero que ya no es un secreto para nadie en los demás órdenes de la actividad, es un elocuente ejemplo de lo que antecede; es hija natural y legítima de la necesidad; Alemania, en una situación desventajosísima en Europa, rodeada de pueblos enemigos por la raza y la historia, y teniendo que alimentar a una población siempre creciente, se vió en la obligación—si no quería desaparecer—de prevenirse contra los ataques ajenos, y en la no menos imperiosa de buscar lugares de expansión para el exceso de energías nacionales, así como en la de proveer a aquellas fuentes de necesidad primaria que sólo se encontraban más allá de las fronteras. De aquí esa organización militar tan admirada, que nadie, antes que Alemania, necesitó en igual grado; de aquí la adquisición de colonias y la creación y el desarrollo prodigioso de la marina mercante, amparada por una respetable flota de guerra; de aquí los progresos científicos e industriales, en busca de los recursos que la naturaleza había puesto pródigamente a disposición de otras naciones. Porque, en el fondo, no ha de buscarse otro origen que éste de la necesidad a la fuerza actual del Imperio alemán. La filosofía de la historia nos enseña que los pueblos que se han encontrado en un caso parecido—jamás tan serio—, o han procurado ser dominadores o se han resignado a ser dominados y perecer: el indiferentismo, la confianza, el descanso, sólo está prometido a naciones de privilegiada posición geográfica.

Se hallaba Alemania todavía muy lejos de terminar su obra de desenvolvimiento, exterior e interior, cuando sobrevino la guerra; tributaria de otros países en no pocos aspectos, contaban sus enemigos con el arma temible del aislamiento para obligarla a capitular, arma en la que ponían más confianza que en la acción material de la fuerza. Llegó la crisis, y Alemania, que se encontraba a mitad del camino de su ideal, no quiso desaparecer. Buscó en sí misma lo que de fuera se le negaba; con tanto ahínco y tanto entusiasmo trabajó, que no sólo llegó a dominar los conflictos de todas clases que la amenazaban, desde la alimentación del ganado a la fabricación de municiones, y desde su inferioridad en combatientes a la falta absoluta de ciertas primeras materias, que al cabo de once meses ha podido alzar la cabeza y demostrar al mundo que se basta a sí misma. Los recursos económicos, el dinero, afluyen a torrentes; las bajas de su ejército, inmensas, enormes, son insignificantes comparadas con las de sus enemigos; apenas han alterado los precios de los alimentos, continúa el trabajo en las fábricas e industrias—que han derivado al servicio de lo que la guerra demandaba—, funcionan los ferrocarriles y todos los servicios normalmente, no se ha alterado la vida interior, y, como si fuera poco todavía, los progresos científicos e industriales han dado un paso de gigante. Preocupada desde el primer día de que al terminar la guerra el desarrollo del país prosiga, no ya sin estorbos, sino con más vigor, para recuperar el tiempo perdido, no son para ella las operaciones militares el *objetivo* supremo y único, sino el *medio* de acelerar la supremacía de la nación.

¿Hará falta recordar el cuadro que ofrecen Rusia, Italia, Inglaterra y Francia? Los productos de origen exclusivamente alemán, no han podido aún ser substituídos por otros procedentes de aquellos países. En cambio, Alemania ha llegado a prescindir (caso tan insólito como admirable de la importación, sin perturbarse en nada la existencia nacional.

De esto resulta una consecuencia que el mundo no comprende en todo su alcance: cualquiera que sea el resultado militar de la guerra, el día de la paz Alemania dominará en todo el orbe; todos, sin excepción, hasta sus mismos actuales y más irreconciliables enemigos, dependerán de ella. La guerra habrá significado para ellos un alto de cincuenta o de cien años, mientras que equivaldrá para Alemania a un avance de más de medio siglo.

Fatalmente ha de sobrevenir entonces un profundo desequilibrio, que alcanzará a los neutrales y repercutirá en los confines de Asia y América: las primeras materias, los productos en bruto, no serán ya para nadie, ni aun para el país más rico por naturaleza, la base principal de su fortuna y bienestar; habrá llegado el momento en que el entendimiento humano prevalezca sobre las fuerzas y vengeros pasivos y estáticos. Hemos de ponernos en movimiento sin perder un minuto, y aplicarnos al trabajo y al estudio; de lo contrario figuraremos todos en el número de los vencidos, y nuestra derrota será más triste y más trascendental porque dañará exclusivamente las raíces en que se asientan el progreso y la cultura humanos.

UN JUICIO ALEMÁN SOBRE EL EJERCITO RUSO

En uno de los más acreditados periódicos militares alemanes, se inserta el siguiente juicio sobre el ejército ruso.

1.º En lo relativo a la dirección de la guerra, no puede negarse que se han efectuado notables progresos después de la lucha contra Japón.

2.º Los métodos de combate de la infantería se inspiran en los principios modernos, pero no han llegado a penetrar en el espíritu de los oficiales y tropa. Se observa todavía la tendencia innata a la defensiva, y faltan la iniciativa y la confianza en la ofensiva. Hay poca destreza en el tiro, y el soldado siente irresistible apego a las trincheras.

3.º La caballería rusa es muy deficiente, monta mal—excepto los cosacos—no sabe practicar los servicios de exploración y carece de iniciativa y atrevimiento.

4.º La artillería es lo mejor del ejército, manobra y tira bien, pero sus proyectiles dejan bastante que desear. La dotación en artillería pesada es deficiente.

5.º El servicio del tren está mal organizado.

6.º La corrupción se manifiesta ostensiblemente en los servicios de intendencia.

7.º También es muy deficiente el servicio de sanidad.

8.º No hay existencias suficientes de equipos, armas y vestuario, lo que dificulta la formación de tropas de reserva.

9.º Las mejores fortalezas de la frontera rusa son Kovno, Novogeorgievsk y Brest-Litovsk. Los fuertes de Varsovia e Ivangorod pertenecen a un tipo anticuado, lo mismo que los del Niemen y el Narev. Pero todas las plazas están siendo reformadas, hace meses.

10.º En resumen, el ejército ruso es temible, no por su valor intrínseco, sino por su fuerza numérica, a condición de que el alto mando la sepa emplear bien.

LA FLOTA ALEMANA

Dreadnoughts

Friedrich der Grosse (24.700); Helgoland (22.800); Kaiser (24.700); Kaiserin (24.700); König Albert (24.700); Nassau (18.900); Oldenburg (22.800); Ostfriesland (22.800); Posen (18.900); Prinz Regent Luitpold (24.700); Rheinland (18.900); Thüringen (22.800); Westfalen (18.900); Derflinger (25.000); Lutzov (25.000).

Fuerza actual en dreadnoughts: 15 unidades, con 340.300 toneladas.

Acorazados de línea

Brandenburg (10.000); Braunschweig (13.200); Deutschland (13.200); Elsass (13.200); Hannover (13.200); Hessen (13.200); Kaiser Barbarossa (11.150); Kaiser Friedrich III (11.150); Kaiser Karl der Grosse (11.150); Kaiser Wilhelm der Grosse (11.150); Kaiser Wilhelm II (11.150); Lothringen (13.200); Mecklenburg (11.800); Pommern (13.200); Preussen (13.200);



En el campamento de Telton: los prisioneros ingleses cargando tierras en carretillas



Sección alemana de ametralladoras, en el N. de Francia, dispuesta a romper el fuego

Schlessien (13.200); Schleswig-Holstein (13.200); Schwaben (11.800); Wettin (11.800); Wittelsbach (11.800); Wöerth (10.000); Zähringen (11.800).

Fuerza actual en acorazados de línea: 22 unidades, con 266.750 toneladas.

Cruceros de batalla y cruceros acorazados

Blücher (15.800); Friedrich Karl (9.000); Fürst Bismarck (10.700); Gneisenau (11.600); Göben (23.000); Moltke (23.000); Prinz Adalbert (9.000); Prinz Heinrich (8.900); Roon 9.500; Scharnhorst (11.600); Seydlitz (25.000); von der Tann (19.400); Yorck (9.500).

Total: 13 unidades, con 186.000 toneladas.

Bajas: Blücher, Gneisenau, Goeben (en Turquía), Scharnhorst, Yorck, y probablemente, otro del tipo de los *Prinz*, con 80.500 toneladas.

Fuerza actual en cruceros de batalla y acorazados: 7 unidades, con 105.500 toneladas.

Fuerza actual de la flota alemana de combate: 44 unidades, con 712.550 toneladas.

Barcos perdidos: 6 unidades, con 80.500 toneladas, o sea la décima parte de la fuerza primitiva.

(El estado anterior se refiere a 1.º de noviembre; desde entonces, se cree que la flota alemana ha aumentado en 6 unidades de combate).

Acorazados guardacostas: 8.

Cruceros protegidos: perdidos, 10; quedan, 31. (Uno puede incluirse entre los cruceros acorazados).

Cruceros auxiliares, 10.

Cazatorpederos y torpederos: perdidos, 15; quedan 225.

Submarinos: perdidos, 6; quedan, 76.

Cañoneros: perdidos, 10; quedan 3.

Fondeadores de minas: 3.

CRÓNICA MILITAR

I. El ejército alemán y su oficialidad.—II. La fortificación de campaña y la maniobra.—III. Balance de las operaciones en el teatro occidental desde el 15 de noviembre.—IV. Las operaciones en los Dardanelos.—V. La desorientación de los rusos.—VI. La campaña en Galizia.—VII. La situación el 24 de junio

I.—El ejército alemán y su oficialidad

El ejército alemán ha sido el mejor instrumento armado que ha pisado los campos de batalla en la presente guerra. El hecho no ha sorprendido a la opinión militar del mundo, conocedora de aquel organismo, tomado por modelo universal. Con excepción de Inglaterra, cuyos críticos han rebajado años y años los méritos de la organización y espíritu de las tropas alemanas—equivocado proceder que está costando caro a la Gran Bretaña—para nadie era un secreto la pujanza militar de Alemania; si alguna sorpresa ha ofrecido, ha sido la de haber superado a lo que los más optimistas—en el sentido puramente profesional—esperaban de él.

Cuantas personas desapasionadas e imparciales han tenido que ponerse en contacto con el ejército alemán, se hacen lenguas de la corrección, de la cultura y de las dotes morales que adornan a la oficialidad, y se complacen en referir detalles y pormenores que creen nuevos, y que realmente lo son para todas aquellas personas que vivían alejadas de las cosas militares.

La oficialidad alemana, como la de cualquier ejército, es el factor fundamental, el alma de la institución. Con buenos oficiales no hay soldados malos, de la misma manera que con una oficialidad mediocre no puede haber ejército excelente.

Como el ejército alemán no es otra cosa que la nación en armas, forman en sus filas los hombres ilustrados al lado de los ignorantes, las personas de educación más esmerada junto a las más toscas, los hombres de ciencia mezclados con los obreros manuales. Dar unidad y cohesión a este conjunto forzosamente abigarrado y heterogéneo, es obra bastante más difícil de lo que parece a primera vista; y para imponerse por los propios méritos y por el valer intrínseco a una masa en la que abundan los elemen-

tos mejores y más distinguidos de la sociedad, se necesita reunir cualidades extraordinarias.

El amor a la patria funde todos los sentimientos en una común aspiración, pero no es bastante a apagar la personalidad de cada cual. El libre albedrío y el entendimiento, que se desenvuelven libremente y fuera de las trabas de la subordinación y disciplina dan lugar a una crítica—en el buen sentido del vocablo—de los actos y obras de quienes nos rodean y, sobre todo, de quienes nos mandan. En los militares de profesión no es de temer esa acción fiscalizadora íntima y que no se traduce al exterior, ya que jamás conduce a malas consecuencias, porque la práctica y el ejercicio de la profesión nos enseñan y recuerdan en todos los momentos la necesidad absoluta del respeto y la obediencia al superior con el conjunto de nuestras facultades espirituales e intelectuales; el prestigio del mando no lo pueden apreciar en todo su alcance más que las personas que siguen la carrera de las armas; es algo consubstancial con el ejército, inseparable de él, y sin cuya existencia ni siquiera se concebiría una organización realmente militar. Es como el amor a la bandera, por cuyos paños se pierde gustoso la vida, algo misterioso, inexplicable y sutil, pero cierto y tangible, demostración evidente de que aparte del orden religioso, en el hombre, el espíritu prevalece sobre la materia.

Mas en el soldado, que sirve dos o tres años en filas y las abandona luego para no volver a ellas más que en caso de peligro para la patria, y que desenvuelve su actividad en esferas muy apartadas del ejército, no es posible que el culto a la obediencia y la disciplina voluntaria y consciente, formen como una segunda religión. El apremio del tiempo en que se le educa e instruye, obliga a ganarle y someterle por el camino más corto, el del ejemplo y este ejemplo no es otro que el oficial.

El oficial que cuente entre sus soldados doctores,

ingenieros, químicos, médicos, abogados, próceres, industriales, etc., para formar subordinados convencidos ha de mostrarse en todas las ocasiones superior a ellos; no en química o en fortuna o en derecho sino en rectitud, en ecuanimidad, en valor, en justicia, en previsión, en caridad,... en una palabra, ha de ser digno del mando y ha de saber mandar.

La formación del oficial es el gran secreto de Alemania y el fundamento de su fuerza; la selección que allí tiene lugar es escrupulosa y exquisita, aunque debe añadirse que se la facilita gracias a las preeminencias que se otorgan al escogido y a poner en sus manos una reunión de hombres tan varia y de tantos matices como la que tendrá que mandar en tiempo de guerra.

La cuna y la posición social—no hay que dudarlo—allanan el camino para ser buen oficial por el hábito de mando y de superioridad que dan; pero no basta, ni mucho menos: lo esencial es el propio valer y reunir en grado eminente aquellas cualidades que deben poseer las personas de cuya inspiración y voluntad depende la vida de muchos hombres. Una oficialidad así no se improvisa; ha de ser fruto de los esfuerzos y de la cooperación de toda la nación; si falta un órgano, quebrará el sistema.

El servicio obligatorio es el primer paso para llegar a tener una oficialidad sobresaliente, porque no se podrá manejar bien el instrumento si este instrumento no existe. Se necesita, además, rodear al oficial de una atmósfera exenta de las impurezas de la vida y de los afanes materiales, y darle independencia económica; finalmente, el superior ha de preocuparse, más que de educar a sus soldados, de formar el alma y el corazón de sus jóvenes oficiales.

Estas verdades, que me limito a apuntar, han tardado sin embargo muchos años en ser bien comprendidas fuera de Alemania, en los países que primero implantaron el servicio obligatorio. Francia, que se dió prisa en copiar a su rival, no llegó a entender el espíritu del ejército alemán; y cuando lo comprendió, se dió cuenta de la imposibilidad de trasplantarlo a su país por la diferente organización social y la diversidad del modo de ser de los dos pueblos. Sería menester reformar desde la escuela elemental hasta la Universidad, pasando por la fabricación, la industria y la agricultura, para que el oficial francés se moviera en un medio análogo al que respira el oficial alemán. Francia lo ha intentado sin conseguirlo del todo, como era de esperar. La lección debe sernos provechosa, y lo ha sido efectivamente, porque la imitación servil y ciega no da jamás buen resultado: como el ejército es el brazo de la nación, el oficial no puede ni debe de ser algo exótico dentro de ésta; toda organización militar ha de ser esencialmente nacional, y dentro de las características de cada país medios hay para formar buenos oficiales, aunque por métodos diferentes de los seguidos por Alemania. Nosotros, dicho sea en honor de la verdad, no hemos seguido los mismos derroteros de copia fotográfica que Francia, y nos es fácil y asequible tener una oficialidad que responda al modo de ser del país y encaje en él.

Este es en resumen el gran mérito de Alemania en materia militar: el oficial alemán es la concreción de lo mejor del alma y del pueblo alemanes; ese mismo oficial trasplantado a otro país acaso diera

mal resultado. El secreto consiste en amoldarlo todo a la nación propia, sin perjuicio luego de ir limando y mejorando, para que concurren con provecho a la obra común, los demás organismos sociales. En este concepto, nuestra situación es mejor de lo que generalmente se cree.

II.— La fortificación de campaña y la maniobra

Huyendo de detalles técnicos y de pormenores que sólo interesan a los especialistas, procuro reservar a menudo algún lugar en estas *crónicas* para llamar la atención de mis lectores sobre las enseñanzas de orden general y la influencia de algunos factores poco conocidos en el desarrollo de la guerra. Es menester que todos, técnicos y profanos, se den perfecta cuenta, en principio, de los problemas militares, porque, aun cuando su resolución ha de encomendarse a los peritos en la materia, las cuestiones de la defensa y seguridad del país interesan de cerca a todos los ciudadanos, quienes, mal podrán cooperar y prestar ayuda en una labor eminentemente nacional y general, si no están capacitados para apreciarla.

Como el poderío militar de una nación es función de las energías vitales y de los recursos del país, no hay en Europa dos Estados siquiera cuyas fuerzas militares estén equilibradas; y como tampoco es admisible que el más débil se resigna a ser aplastado por el vecino más poderoso, se han utilizado en todo tiempo dos resortes para hacer frente al peligro: el primero, encomendado a los gobiernos, se traduce en alianzas y convenios; el segundo, a cargo del ejército, consiste en una organización apropiada y un conveniente método para sostener la guerra con tropas inferiores.

Durante muchos siglos, el factor que suplía la debilidad material era la fortificación permanente, la creación de fortalezas. Se exageró su número, languideció la guerra y se tornó convencional y hasta absurda en sus métodos. Insensiblemente se retornó a las buenas doctrinas, y a Napoleón le cupo la gloria de barrer los rutinarismos y prejuicios, con sólo sentar que la decisión estaba en el hombre y no en el obstáculo material, en los ejércitos y no en las plazas. Y entonces, después de un paréntesis muchas veces secular, se reconoció por todos que la mejor salvación de un ejército más débil estaba en la *maniobra*, en la combinación de movimientos que dieran por resultado concentrar sucesivamente las fuerzas propias reunidas, contra las del enemigo, al que se obligaba, por la habilidad de la combinación, a dispersarlas.

Con estas ideas ha comenzado la presente guerra. Pero en un siglo las circunstancias han cambiado radicalmente en Europa. Si a principios del siglo XIX apenas había caminos, las relaciones entre los pueblos eran escasas y difíciles, y los movimientos de las tropas podían encerrarse en un relativo secreto, ahora no: las redes de ferrocarriles y carreteras, el telégrafo y el teléfono, la radiotelegrafía y la aviación, la misma densidad de población, facilitan los transportes y los movimientos de tropas en todos sentidos y los dan a conocer al enemigo en el momento de ser iniciados; de esta suerte, el ejército menos fuerte queda privado de la esperanza de sor-

prender con sus movimientos al adversario, y, aunque lo consiga, éste reúne fácilmente contra aquél masas imponentes, antes de que le alcance la derrota. Por esto se da tanta importancia en los actuales teatros a la destrucción de las comunicaciones, por quien se bate en retirada, y a su recomposición y construcción de otras nuevas por quien avanza, y por esto donde ha brillado con más esplendor la maniobra ha sido en las provincias rusas y Galizia, poco pobladas y con caminos escasos y deficientes.

El desequilibrio material entre los beligerantes no tardó en surgir en el Oeste. La maniobra envolvente de los alemanes fracasó en los primeros días de septiembre: 1.º por la existencia de la cortina de plazas francesas en la frontera del NE.; 2.º por el envío de tropas desde aquel teatro a Rusia; 3.º por la rapidez con que los aliados pudieron situar un ejército al N. de París, gracias a los ferrocarriles y automóviles, amenazando el flanco derecho alemán. Tocó entonces el turno a los aliados: sus repetidos intentos de maniobra desbordante hacia el N. O., quedaron contenidos a tiempo por el invasor, que tuvo noticia inmediata de los planes del enemigo y dispuso de medios de transporte bastantes para llevar tropas a los sectores de ataque. Con todo, estas tropas, siempre débiles, hubieran sido rechazadas, a no haberse apoyado en la fortificación de campaña, a la cual, con la ayuda de todos los modernos recursos técnicos, se hizo evolucionar, hasta ponerla en armonía con las demandas de la época.

Desde agosto en el E. y desde septiembre en el O., estamos presenciando cómo el ejército que, por inferioridad material manifiesta, se bate a la defensiva, busca y encuentra en la fortificación de campaña, la fuerza que le falta. La realidad hizo abandonar a los alemanes su idea favorita de la maniobra en tales casos, y acudieron al atrincheramiento, completado, como es lógico, con la artillería y otros nuevos elementos ofensivos.

A primera vista parece un contrasentido que a medida que disminuye la importancia de la fortificación permanente, aumenta la de los atrincheramientos de campaña, menos robustos y de obstáculo intrínseco inmensamente mayor; pero esta contradicción desaparece si se tiene en cuenta que la decisión de la campaña está en el hombre, en las tropas, y en nada más que en ellas. La fortificación permanente (hágase lo que se haga y pese a los múltiples sistemas propuestos, viciosos como todo lo sistemático), lleva aparejada de un modo fatal e irremediable el principio de la inmovilidad; y en la guerra, como en fisiología, el órgano que se inmoviliza, acaba por perecer. Esta fortificación permanente ha de reservarse para casos concretos y especiales, que sería impropio de estas páginas el detallar.

En cambio, la fortificación de campaña, con sus infinitos recursos y complementos, se amolda siempre a las operaciones activas, no resta movilidad a los ejércitos, la pérdida o abandono de algunos de sus elementos no significa derrota—bien lo están demostrando los hechos de esta guerra—ni constituye jamás un estorbo, ni un pie forzado que obre como rémora contra la libertad de decisión del alto mando. En esto, precisamente, estriba su fuerza. Se la emplea cuando y como conviene, y se renuncia a ella sin pena, ni sacrificio, ni quebranto. Es un au-

xiliar, jamás un estorbo; un arma obediente, nunca un peso que oprime y coarta el ejercicio de la iniciativa.

Esta es una de las mayores y más trascendentales enseñanzas que nos ofrece la guerra actual: el ejército que se ve obligado a batirse a la defensiva—desde las costas del mar Negro al estrecho de Gibraltar—tiene que substituir la maniobra, que rápidamente se hizo clásica, por la fortificación de campaña, en su concepto más amplio y moderno. Quien se bate a la ofensiva, ha de comenzar por romper el obstáculo de la fortificación antes de pensar y hallarse en estado de maniobrar.

Los atrincheramientos capaces de contener a un enemigo formidable, han de cumplir tantos requisitos, han de construirse tan rápida y eficazmente, requieren tanta acumulación de medios ofensivos y defensivos, y han de estar tan enlazados con los cuarteles generales y las comunicaciones y servicios de retaguardia, que su organización y ejecución resultan difícilísimas, y necesitan el concurso de muchísimos oficiales bien preparados y de tropas cada vez más numerosas que, sin perder su carácter especialista, puedan a la vez ser empleadas como los demás combatientes. Sólo así se logra que, sin menoscabo de los factores activos, los decisivos, los hombres que manejan un arma, se robustezcan los de amparo y protección. Tanto es así, que los alemanes—a quienes no hay más remedio que acudir para cuanto significa progreso en materias militares—han ido reforzando la dotación de zapadores en sus unidades estratégicas (de división arriba), hasta pasar de una compañía por división a un batallón y aun más; estas tropas están siendo empleadas, en cuanto cesan sus labores técnicas, en el servicio de trincheras y en los combates.

El problema que acabo de indicar es uno de los más interesantes y urgentes de los que ha planteado esta guerra, y está indisolublemente unido con el de la dotación y variedad de artillería, en el que ya me he ocupado, pero sobre el cual habré de insistir.

III.—Balance de las operaciones en el teatro occidental desde el 15 de noviembre

La minuciosidad de los partes franceses en que se da cuenta de las pequeñas ventajas que de vez en cuando obtienen los aliados; la insistencia en detallar esos éxitos y las consideraciones complementarias dedicadas a realzar su importancia, suelen inducir frecuentemente a error. A ello contribuye también la extremada concisión de los partes alemanes, concretados a hechos expresados en pocas palabras, sin comentarios ni repeticiones o ampliaciones; anuncian una victoria o un descalabro con el menor número posible de palabras, y no se ocupan ya más en él.

Que en las batallas de Arras, de la Champaña y los altos del Mosa, especialmente en la primera, los franceses han ganado algún terreno, es indudable. Pero lo que interesa no es precisamente saber si han avanzado, sino dilucidar si esas batallas y otras ofensivas menos importantes, han modificado o no a favor de los aliados la situación inicial, tomando como punto de partida el estado de equilibrio a que se llegó en la batalla del Aisne y en las operaciones

siguientes, que tuvieron por resultado prolongar el frente de batalla hasta las costas de Flandes.

El 20 de septiembre terminó de hecho la batalla del Aisne, comenzando entonces aquella marcha de los aliados hacia el N., para envolver la derecha enemiga, y como consecuencia la extensión del frente alemán paralelamente al franco-inglés, hasta apoyarse el uno y el otro en el mar. Esa marcha paralela y las tentativas de envolvimiento, originaron una serie de batallas que no terminaron hasta el 15 de noviembre. De suerte que la posición de equilibrio se alcanzó el 20 de septiembre desde Noyon a Pont-a-Mousson, o sea en la rama del frente que se extiende sensiblemente de O. a E., y el 15 de noviembre en la rama S.-N., desde Noyon al mar. Partiendo de estos antecedentes, veamos cuál es la situación actual.

En el sector Noyon-Pont-a-Mousson, la posición de los ejércitos beligerantes está indicada en el mapa de la página 219 del tomo 1. Posteriormente tuvieron lugar allí las batallas de Champaña, Soissons y altos del Mosa, y los empeñados e interminables combates de la selva de Argona. Como resultado de todas esas acciones y de otras menos vivas, los alemanes han ganado terreno desde Noyon al O. de Roye; en la orilla N. del Aisne, delante de Soissons; al N. y al E. de Reims; al N., al O. y al E. de Verdun, y lo han perdido en el extremo E., replegándose al N. de Pont-a-Mousson. Las ganancias son por lo menos quince veces superiores a las pérdidas.

Desde Roye al Mar, en la rama N.-S. del frente, la situación el 15 de noviembre era ésta: Roye-Bertincourt—5 kilómetros al O. de Lille.—Deuilemont—4 kilómetros al E. de Iprés.—Langemarck-Dixmude—5 kilómetros al E. de Nieuport. Actualmente, toda la línea se ha trasladado hacia al E., unos 5 kilómetros por término medio, lo mismo al N. de Roye, que en el sector de Arras, en la región de Armentières, al S. y al N. de Iprés, y en Bixschoote y cerca de Nieuport; sólo al E. de Iprés han retrocedido un kilómetro los alemanes.

Ese movimiento de los frentes de batalla en los lados del ángulo que forman, se ha ejecutado con alternativas de avance y retroceso; en ciertos momentos, los alemanes han llegado a ocupar posiciones situadas más al O. que las indicadas, pero, en otros, fueron los aliados los que progresaron más. La consecuencia de esta sucesión de vaivenes es que, desde el 15 de noviembre, y si se quiere desde el 1.º de octubre, han sido los alemanes los que han llevado la mejor parte en el teatro occidental. Este es el balance de los acontecimientos militares en Francia y Flandes belga en los últimos siete meses. Como se guarda silencio sobre los retrocesos de los aliados o se mencionan simplemente, sin declarar su alcance, y se detallan minuciosamente los avances, sería fácil perder de vista la realidad de las cosas, que no es otra que la indicada más arriba.

Que los alemanes hayan sido los más favorecidos por la fortuna desde que el frente de batalla quedó establecido entre Pont-a-Mousson y el mar, no quiere decir que hayan obtenido un triunfo de consideración, ni siquiera que con ello se hayan acercado al desenlace de la guerra en Francia. La situación general es la misma ahora que en noviembre pasado, y lo mismo diría si fueran los aliados quienes

hubieran reportado más ventajas. Una traslación de 2, 3 o 4 kilómetros de un lado o al opuesto, no tiene importancia, ni siquiera influirá en las operaciones venideras. Más trascendencia tendría que cayera en manos de uno de los ejércitos un buen nudo de comunicaciones en poder del otro—por ejemplo, Lille, Iprés—o los pasos de algún río o canal caudaloso; como nada de esto ha ocurrido, puede afirmarse que la situación continúa estacionaria. El hecho más importante, acaecido desde octubre, ha sido el avance de los alemanes hasta la orilla del Aisne, al N. de Soissons.

Para este resultado, en conjunto adverso, los aliados han emprendido ofensivas violentas, y los alemanes también en el sector de Iprés, que les han costado por lo menos 150,000 bajas; es probable que la cifra sea bastante mayor.

IV.—Las operaciones en los Dardanelos

A mediados de junio, el Ministerio de la Guerra francés publicó un comunicado explicando las dificultades que se oponen al avance de las tropas expedicionarias en la península de Gallipoli; el Ministerio británico había ya dado a conocer algo de lo dicho por su colega. En realidad, no hay nada nuevo en esos comunicados, pero es significativo que al cabo de siete meses de lucha se proclamen las dificultades, a raíz precisamente de las sangrientas batallas del 4 y 5 de junio, que fueron presentadas como espléndidas victorias.

Dicen esos partes, que la posición defensiva turca tiene su centro en el monte Ashi-Baba, de 250 metros de cota (número 709 del plano de la página 206 del tomo 2.º), cuyas laderas descienden suavemente en forma de glasis, hacia el S. y el O., y están defendidas por trincheras y reductos. Un arroyo o barranco, el Kereves Dere, corta de O. a E. la punta de la península, a unos 3 kilómetros de Sedd-el-Bahr, y forma un foso natural que refuerza la posición defensiva. Los turcos, sin embargo, ejecutaron algunos atrincheramientos al S. de dicho barranco, a manera de pequeñas cabezas de puente, para retardar el avance enemigo. La fuerza de la posición radica sobre todo en la posibilidad que tienen los turcos de concentrar el fuego de artillería e infantería de sus líneas sucesivas de defensa, sobre el terreno despejado y de frente estrecho que ha de recorrer el ofensor.

Según los comunicados, los violentos asaltos de los primeros días de mayo, terminaron con la toma de un reducto, el «Boushet», situado en posición avanzada al S. del barranco. Se cambió entonces el método de ataque a viva fuerza por el paso a paso, el de la zapa, seguido en Francia. El 28 del mismo mes, otro reducto, también al S. del barranco, en la extrema izquierda turca, fué conquistado mediante un ataque nocturno por sorpresa, ejecutado por 66 hombres mandados por un teniente; lo insignificante de esta fuerza da a comprender la escasa importancia que tendría el reducto, que probablemente no sería más que una luneta o una simple trinchera con abrigos. Los comunicados, a pesar de haberse publicado el 14 de junio, no añaden una palabra sobre los encarnizados combates de primeros de junio.

Discurriendo ahora por mi cuenta, haré notar:

1.º que en los partes relativos a esos combates, no se encuentra un nombre o una referencia que indique si las trincheras conquistadas están al N. o al S. del barranco; 2.º que la lucha no se ha reanudado en los últimos veinte días, manteniéndose sólo un débil fuego de fusil y un cañoneo intermitente; 3.º que las posiciones avanzadas turcas, incluso la cota 709 del plano, están batidas de flanco y de revés por los barcos que se estacionen en aquellas costas; 4.º que lo mismo después del 8 de mayo, que posteriormente al 6 de junio, nuevas tropas de refuerzo han llegado a Sedd-el-Bahr. De todo ello se infiere que la resistencia turca, sometida a un fuego cruzado en todos sentidos, ha sido hasta ahora victoriosa y merece el calificativo de heroica; y que la imprevisión patentizada por los aliados en su tentativa de ataque marítimo, el 18 de marzo, ha vuelto a manifestarse en las operaciones terrestres. Ni éstas, ni las navales fueron bien preparadas, y ambas se acometieron teniendo un concepto falso de las tropas turcas y de sus atrincheramientos.

Lo más sorprendente es el silencio que se guarda sobre las operaciones de los australianos y nuevo-zeleses que desembarcaron, hace dos meses, en la parte occidental de la península. Dijeron los turcos que las habían rechazado al mar. Posteriormente, aquellas fuerzas han figurado en las listas de bajas británicas, sin que se haga mención del lugar donde combaten. Parece probable que la división referida tuvo que reembarcarse y forma ahora al lado de las demás tropas expedicionarias; en concreto, no lo puedo afirmar. Si así fuera, los australianos habrían corrido la misma suerte que los franceses desembarcados en Kum-Kalé, costa asiática, arrojados de allí, según dije oportunamente.

V.—La desorientación de los rusos

Los periódicos alemanes e ingleses publican a menudo, por la vía telegráfica los segundos, los juicios emitidos por los críticos militares en la prensa rusa; también por telégrafo, llegan a Inglaterra; y por consiguiente al resto del mundo, las impresiones y noticias recogidas por los corresponsales de guerra en Rusia, todo lo cual permite formar un juicio aproximado sobre las ideas que predominan en los medios militares de aquel Imperio.

Quien siga con atención la corriente de esas ideas, que no deja de ser interesante e instructiva, no tardará en sorprenderse de la falta de fijeza de criterio, de los cambios radicales de opinión y de los pensamientos extravagantes que hallan eco en Rusia. En la esfera del entendimiento, siempre han sido impresionables los rusos, y muy dados a edificar teorías sobre bases endebles; pero desde la ruptura del frente en el Dunajec, el desconcierto ha tomado proporciones asombrosas. Un día, el ataque alemán el O. de Varsovia es el punto de partida para sostener que el objeto de los austro-alemanes no era tomar Przemysl y libertar la Galizia, sino atraer hacia el S. las tropas rusas de Polonia; al siguiente, la caída de Przemysl implica la evacuación de Curlandia y de Polonia por los alemanes; casi enseguida, la victoria efímera de Sieniava desata las imaginaciones, y se presenta el cuadro de los alemanes envueltos, acorrolados y destruidos, y se vuelve a pensar en

los Cárpatos, Hungría y Buda-Pesth; el avance suicida del ala izquierda desde el Dniester al Pruth, llevará aparejada la invasión de la Transilvania, y nada habrá que se oponga a la marcha victoriosa sobre Thorn; pero cuando Zuravno cae en poder de Linsingen, los mismos optimistas que entreveían la entrada triunfal en Berlin, hablan de la evacuación de Lemberg y del retroceso en Curlandia al N. de Mittau; los ataques alemanes en el frente Maryampol Kalvaria trascenderán, según esos teorizantes, a Volynia y Besarabia; y las escaramuzas de Przasznisz tienen una trascendencia enorme.... Falta el sentido de la medida y ponderación.

Resplandece, sí, un terror íntimo a las combinaciones alemanas; se desconfía y se niega crédito a las situaciones más claras, se espera constantemente la aparición de alguna sorpresa, se buscan móviles enrevesados y complicados, cuanto más raros mejor, a la estrategia alemana; y lo mismo que se da rienda suelta al optimismo por cualquier encuentro alortunado, se cae en un pesimismo abrumador por el más leve descalabro, pero—y esto es lo que más maravilla—las grandes operaciones, aquellas que han de decidir la guerra, sólo se estudian en una forma fragmentaria e incoherente. No se descubre un criterio que deje a un lado todo lo accesorio y complementario, para concentrar la atención en lo principal y decisivo.

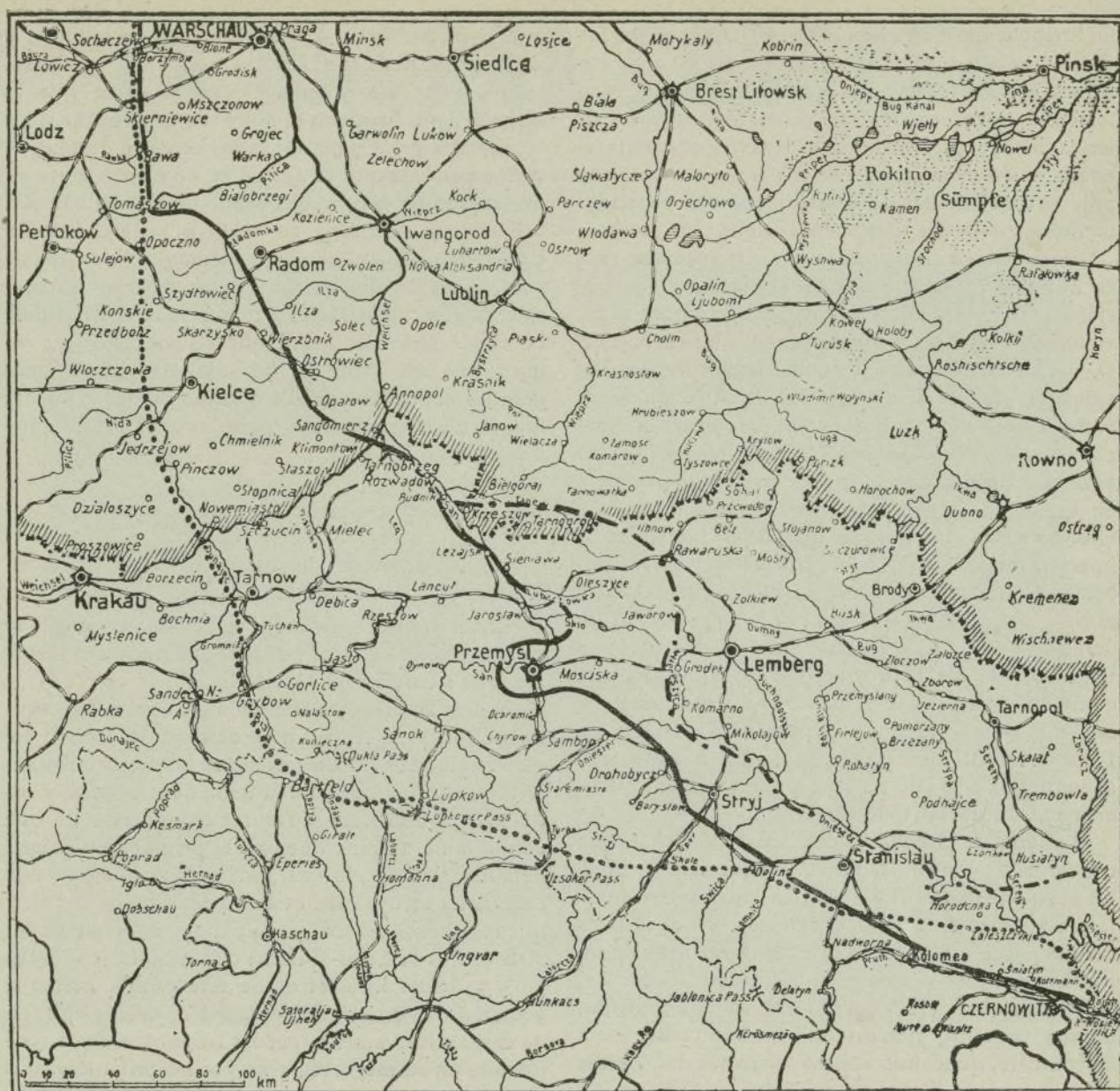
¿Reflejan esos críticos y corresponsales algo, aunque sea poco, de lo que acontece en los cuarteles generales y altos centros militares? No es de creer; pero constituye un mal síntoma para Rusia ese desconcierto de las inteligencias llamadas a influir en la opinión pública y prepararlas para el desarrollo, bueno o malo, de los acontecimientos. Cuando las emociones encontradas se suceden sin tregua, y cuando los hechos enseñan un día y otro que las predicciones, lo mismo favorables que adversas, no se realizan nunca, se engendra el escepticismo y se deprime el espíritu público. Queda éste en malas condiciones para servir de fuerza en que se apoyen con firmeza, y sin pesadumbre, los directores de la campaña, al adoptar las graves resoluciones de que depende el porvenir de su patria.

VI.—La campaña en Galizia

De los cinco ejércitos austro-alemanes que combaten contra el grupo de ejércitos del general Ivanov, dos de ellos tienen un papel estratégico, otros dos son el factor que inmoviliza a los rusos y les priva de su libertad de acción, y el quinto es el elemento eminentemente resolutivo desde el principio de la campaña.

En la extrema izquierda, el ejército del archiduque José Fernando, protege contra los ataques del ejército que se destacó a la región de Sieniava, habiéndole derrotado y empujándole ahora hacia el bajo San, obligándole a perder el enlace con el grueso del ejército ruso; a este efecto, se extiende por el valle del Tanev, en territorio enemigo, y procura seguir avanzando hacia el N.

A la derecha del anterior, el ejército resolutivo, general von Mackensen, fué el que rompió las líneas rusas en Gorlice, poniéndose a retaguardia del ejército moskovita que combatía en el paso de Dukla



LA RETIRADA DE LOS RUSOS EN GALIZIA

La línea de puntos negros indica la situación el 2 de mayo.

La línea de trazo lleno, la situación el 22 de mayo.

La línea de trazos y puntos, la situación el 19 de junio.

y destruyéndolo; fué también el que tomó por asalto los fuertes de Przemyśl y se apoderó de esta plaza, con la cooperación del ejército anterior; y, finalmente, ha sido asimismo el que rompió la línea enemiga en Javorov y se colocó al O. y N. de Lemberg, después de apoderarse de Grodek.

Sigue inmediatamente el ejército de Böhm-Ermolli, que avanzó en el frente Mosciska-Komarno, haciendo más completo el envolvimiento de Lemberg; este ejército, amenazando la carretera y vía férrea de Grodek, fué el que indujo, con sus operaciones y ataques, a la evacuación de Przemyśl. Es ante todo un cooperador y complemento del ejército de Mackensen.

Separado del anterior por las grandes lagunas y pantanos del alto Dniester, el ejército alemán de von Linsingen está al S. de la línea Mikolajov-Haalicz, desalojó a los rusos del sector al S. del Dniester, y por sus enérgicos ataques frontales—que amenazaban separar el ala izquierda enemiga del centro—movió a Ivanov a concentrar fuertes contingentes al S. E. de Lemberg y a llamar hacia el O. el ala

izquierda, tan imprudentemente lanzada ante el Dniester y el Pruth.

Por último, el ejército de von Pflanzer, en la extrema derecha, está desplegado en un gran frente, desde el N. de Stanislau a Saleszczyki, y ha pasado al N. del río, por este último punto, extendiéndose hasta la Besarabia y amenazando con un movimiento envolvente al ala izquierda rusa. Este ejército, como el del archiduque José Fernando, tienen a su cargo, más que una misión táctica, la estratégica de envolver y aislar a la masa rusa principal.

Gracias a este formidable despliegue y a la rapidez de movimientos y energías de las tropas, los austro-alemanes han impuesto su voluntad a los rusos y han desarrollado una campaña por todos conceptos digna de admiración. Apretando a los rusos por el S. y amagando por la frontera de la Bukovina, los austro-alemanes fijaron considerables fuerzas rusas en la línea del Dniester, y el ataque decisivo lo ejecutaron por el O., flanqueando por el N. E. de Lemberg la capital de la Galizia. Excesivamente confiado en la fuerza natural de las posiciones y en

los atrincheramientos de Grodek y Lemberg, es posible—hay que suponerlo en su descargo—que creyera el general Ivanov que tendría tiempo de efectuar una nueva concentración de fuerzas antes de ser expulsado de Lemberg. No tuvo en cuenta el estado de desmoralización de sus tropas, ni el empuje invencible del adversario, que tan repetidamente se estaba manifestando desde el 2 de mayo.

Hace quince días, cuando la contraofensiva rusa en Zuravno y demás pasos del Dniester, contuvo al ejército de Linsingen, y le obligó a retroceder al S., y cuando, también, el ala izquierda se movió hacia el O. y el ala derecha aún se mantenía en una posición amenazadora al N. de Jaroslav, la situación de los rusos mejoró notablemente, no para ganar la campaña—que la habían perdido en Przemysl,—sino para salir de ella con el menor quebranto posible y en estado de proseguir las operaciones activas. Para ello, no había otro recurso que dejar fuertes retaguardias en el Dniester, sacrificándolas si era menester, retirar rápidamente el ala izquierda hacia el N. O., y mover el centro hasta incorporarlo al ala derecha y cubrir el espacio entre el Vístula y el Bug. Pero el ala izquierda—cuya posición falsa y equivocada hace tantas semanas que estoy señalando,—ha sido la rémora y la pesadilla constante de Ivanov; en último término, preferible hubiese sido abandonarla a su suerte, que permitir a los austro-alemanes inutilizar todo el ejército.

La toma de Grodek y casi enseguida el ataque convergente contra Lemberg, donde han entrado los austro-alemanes el día 22, han puesto término a la campaña en el terreno estratégico. En la crónica del día 9 dije que si esta campaña terminaba en un plazo corto, dos o tres semanas, Rusia recibiría el golpe mortal. Y, efectivamente, a las dos semanas, el más poderoso ejército ruso ha sido puesto fuera de combate, quedando abierto el flanco del Vístula medio y sellada la suerte de Polonia. Si los rusos saben evitar esta consecuencia de la campaña de Galizia, se redimirán de muchos y muy graves desaciertos, pero no es probable que lo logren.

La situación estratégica se presenta en estos momentos muy clara. El centro y la izquierda rusa han quedado separados del ala derecha, una poderosa masa alemana se interpone entre el núcleo principal de Ivanov y el Vístula; el ejército ruso de Galizia—salvo los restos del ala derecha—ha perdido el enlace con los de Polonia, Niemen y Curlandia; y como al E. del Bug se extienden las grandes marismas del Pripiet, donde las operaciones y los movimientos de grandes fuerzas son imposibles, Ivanov no puede ya contribuir a mejorar el estado de cosas—que pronto será grave—en la línea de fortalezas del Vístula, Narrev y Niemen. Puede decirse que para Rusia ha desaparecido el ejército de Galizia, arrojado a un sector excéntrico y en un estado poco temible para lo sucesivo. Si no recibe refuerzos habrá de replegarse en dirección a Kiev, y si se le envían nuevas tropas, el alto mando cometerá otro grandísimo desacierto, porque esas tropas están haciendo mucha falta más al N. Ignoro si los rusos continuarán su resistencia obstinada, paso a paso, o procurarán escapar hacia el N., lo cual es difícil; aunque consiguieran alguna pequeña ventaja táctica, su destino

está ya fijado: Rusia ha sido privada de lo mejor y más aguerrido de sus ejércitos, del único que hasta primeros de mayo tenía elevado espíritu y había colgado a sus banderas el laurel de la victoria.

La falta principal arranca del excesivo despliegue de fuerzas, a la que se agregó la no menos grave de no emprender la retirada cuando todavía había posibilidades de ejecutarla en relativo buen orden. En cuanto al plan de los austro-alemanes y a su ejecución, todos los elogios son pocos; cuando conozcamos detalles, que realzarán aún más el mérito de las combinaciones, habrá que reconocer, estoy seguro, que esta campaña ha sido digna de los más grandes capitanes y quedará como modelo y fuente inagotable de enseñanzas para las generaciones que nos sucedan.

VII.—La situación el 24 de junio

No han ocurrido sucesos dignos de mención en Curlandia, ni en Polonia.

En el frente occidental, la actividad francesa se va extendiendo a otros puntos de la línea, sin resultado. La situación no ha cambiado.

En los Dardanelos, han vuelto a repetir los aliados sus ataques, suspendidos después del fracaso del 5 de Junio. Atribúyense, como en las dos batallas anteriores, la victoria, pero la toma de trincheras y reductos que anuncian se resume en el hecho de que «dominan el terreno que bate el principio u origen del alto Dereves», lo cual quiere decir que todo este barranco o arroyo continúa en poder de los turcos, y que los aliados no han podido desembocar desde los alrededores de Sedd-el-Bahr; deben hallarse a unos 3 o 3 y medio kilómetros de este punto. Llama la atención que esta última ofensiva haya sido ejecutada casi exclusivamente por las tropas francesas (coloniales en su mayoría), y no por las británicas.

Continúa en suspenso el avance de los italianos, que siguen combatiendo en los mismos puntos de hace quince días. Verdaderamente, la estrategia y la táctica no han puesto cátedra en aquel teatro.

Como consecuencia de la toma de Lemberg y del impetuoso avance de los austro-alemanes al N. E. de este punto, la derecha rusa quedó desbordada y se está batiendo en retirada, abandonando la línea del San; este movimiento retrógrado repercute probablemente en la orilla izquierda del Vístula. En la línea del Dniester, la dislocación rusa engendrada por la retirada del centro, ha sido aprovechada por el general von Linsingen para pasar el río entre Zaliz y Zuravno, y atacar al enemigo, cuya masa principal quedó expuesta a un triple ataque convergente. Peligra también el ala izquierda, y es de suponer que habrá desaparecido la repugnancia que sentía el general Ivanov a ordenar la retirada principal. El ejército de Mackensen y el de Pflanzer siguen teniendo a su cargo los objetivos estratégicos más importantes. Si el primero consigue llegar al Bug y cerrar el paso a los moskovitas en retirada, la campaña habrá sido decisiva y sus consecuencias no tardarán en ponerse de manifiesto.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

25 de junio 1915.

Derechos reservados